

S. AURELII AUGUSTINI HIPPONENSIS EPISCOPI DE IMMORTALITATE ANIMAE
Libro único.

[CONGLOMERADO DE RAZONES A FAVOR DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA.]

Este libro contiene un conglomerado de razones a favor de la inmortalidad del alma, así como la solución de las dificultades intercurrentes.

CAPÍTULO PRIMERO.---Primera razón, que el alma es inmortal, porque es sujeto de una disciplina que siempre existe.

1. Si en algún lugar existe la disciplina, y no puede existir sino en aquello que vive, y siempre existe, nada en lo que algo siempre existe puede no ser siempre; siempre vive aquello en lo que está la disciplina. Si somos nosotros quienes razonamos, es decir, nuestro espíritu, y no puede razonar correctamente sin disciplina, ni puede existir el espíritu sin disciplina, a menos que no haya disciplina en él; la disciplina está en el espíritu del hombre. Sin embargo, la disciplina está en algún lugar: pues existe, y lo que existe no puede no estar en ningún lugar. Asimismo, la disciplina no puede existir sino en aquello que vive. Nada que no vive aprende algo; ni puede existir la disciplina en aquello que no aprende nada. Asimismo, la disciplina siempre existe. Pues lo que es y es inmutable, necesariamente siempre es. Nadie niega que exista la disciplina. Y quienquiera que admite que no puede suceder que una línea trazada a través del centro de un círculo no sea la mayor de todas las que no pasan por el centro, y que esto pertenece a alguna disciplina; no niega que la disciplina es inmutable. Asimismo, nada en lo que algo siempre existe puede no ser siempre. Nada que siempre existe sufre que se le quite en algún momento aquello en lo que siempre existe. Ahora bien, cuando razonamos, el espíritu lo hace. No lo hace sino quien entiende: ni el cuerpo entiende, ni el espíritu entiende con la ayuda del cuerpo; porque cuando quiere entender, se aparta del cuerpo. Pues lo que se entiende es siempre de tal modo; y nada del cuerpo es siempre de tal modo: por lo tanto, no puede ayudar al espíritu que se esfuerza por entender, para quien no impedirle ya es suficiente. Asimismo, nadie razona correctamente sin disciplina. Pues la recta razón es un pensamiento que se esfuerza por la indagación de lo incierto a partir de lo cierto: y nada es cierto en el espíritu que ignora. Pero todo lo que el espíritu sabe, lo tiene en sí mismo; ni abarca la ciencia ninguna cosa, sino la que pertenece a alguna disciplina. Por lo tanto, el espíritu humano siempre vive.

CAPÍTULO II.---Otra razón, porque es sujeto de una razón que no cambia.

2. La razón ciertamente es o el espíritu, o está en el espíritu. Sin embargo, nuestra razón es mejor que nuestro cuerpo: y nuestro cuerpo es alguna sustancia, y es mejor ser sustancia que nada: por lo tanto, la razón no es nada. Nuevamente, cualquier armonía del cuerpo debe estar inseparablemente en el cuerpo sujeto, ni se cree que haya otra cosa en esa armonía que no esté igualmente necesariamente en ese cuerpo sujeto, en el que también la armonía está no menos inseparablemente. Sin embargo, el cuerpo humano es mutable, y la razón es inmutable. Pues todo lo que no es siempre del mismo modo es mutable. Y siempre es del mismo modo, dos y cuatro, seis. Asimismo, siempre es del mismo modo lo que es, lo que tienen cuatro dos y dos; pero esto no lo tienen dos: por lo tanto, dos no son cuatro. Sin embargo, esta razón es inmutable: por lo tanto, es razón. De ninguna manera puede, cambiado el sujeto, no cambiar aquello que está inseparablemente en él. Por lo tanto, el espíritu no es la armonía del cuerpo. Ni la muerte puede ocurrir a las cosas inmutables. Por lo

tanto, el espíritu siempre vive, ya sea que él mismo sea razón, o que la razón esté inseparablemente en él.

CAPÍTULO III.---Sustancia viva e inmutable el espíritu, ni si de algún modo es mutable, por eso se hace mortal.

3. Cierta virtud es la constancia, y toda constancia es inmutable, y toda virtud puede hacer algo, ni cuando hace algo, no es virtud. Toda acción, por otra parte, se mueve, o mueve. O bien, no todo lo que se mueve, o ciertamente no todo lo que mueve, es mutable. Pero todo lo que es movido por otro, y no lo mueve a él mismo, es algo mortal. Ni nada mortal es inmutable. Por lo tanto, se concluye con certeza y sin ninguna disyunción, que no todo lo que mueve se cambia. Sin embargo, ningún movimiento sin sustancia: y toda sustancia o vive, o no vive: y todo lo que no vive, está inanimado; ni hay acción alguna de lo inanimado. Por lo tanto, aquello que mueve de tal manera que no se cambia, no puede ser sino una sustancia viva. Esta, sin embargo, mueve el cuerpo a través de cualquier grado. Por lo tanto, no todo lo que mueve el cuerpo es mutable. Sin embargo, el cuerpo no se mueve sino según el tiempo: pues a esto pertenece moverse más lentamente o más rápidamente: se concluye que hay algo que mueve en el tiempo, y sin embargo no se cambia. Pero todo lo que mueve el cuerpo en el tiempo, aunque tienda a un solo fin, sin embargo, no puede hacer todo a la vez, ni puede no hacer varias cosas: pues no puede, por cualquier poder que se actúe, ser perfectamente uno lo que puede dividirse en partes, ni hay cuerpo sin partes, ni tiempo sin intervalo de demoras, ni se pronuncia siquiera la sílaba más breve, cuyo fin no escuchas cuando ya no escuchas el principio. Además, lo que se actúa así, necesita tanto de la expectativa para ser llevado a cabo, como de la memoria para ser comprendido en la medida de lo posible. Y la expectativa es de las cosas futuras, pero la memoria de las pasadas. Pero la intención de actuar es del tiempo presente, a través del cual lo futuro pasa a lo pasado, ni puede esperarse el fin del movimiento del cuerpo comenzado sin ninguna memoria. Pues, ¿cómo se espera que termine, lo que o se ha olvidado que comenzó, o que se movió en absoluto? Nuevamente, la intención de llevar a cabo lo que es presente, no puede existir sin la expectativa del fin que será futuro: ni hay nada que o aún no es, o ya no es. Por lo tanto, puede haber algo en el acto de hacer, que se refiera a aquellas cosas que aún no son. Pueden estar simultáneamente en el agente varias cosas, cuando esas varias cosas que se actúan no pueden estar simultáneamente. Por lo tanto, también pueden estar en el que mueve, cuando no pueden estar en lo que se mueve. Pero todas las cosas que no pueden estar simultáneamente en el tiempo, y sin embargo se transmiten de lo futuro a lo pasado, deben ser mutables.

4. De aquí ya deducimos, que puede haber algo que, aunque mueva cosas mutables, no se cambia. Pues cuando no se cambia la intención del que mueve de llevar al fin que desea el cuerpo que mueve, y ese cuerpo del que se hace algo se cambia en el mismo movimiento por momentos, y esa intención de llevar a cabo que se manifiesta permanecer inmutable, y mueve tanto los miembros del artífice como la madera o la piedra sujeta al artífice, ¿quién duda que es consecuente lo que se ha dicho? Por lo tanto, no se debe pensar que el espíritu se cambia necesariamente, y por eso también muere, si alguna mutación de los cuerpos ocurre por el espíritu que mueve, aunque esté atento a ella. Pues puede tener en esta intención simultáneamente tanto la memoria de las cosas pasadas como la expectativa de las futuras, las cuales no pueden existir sin vida. Aunque, si bien no hay muerte sin cambio, y no hay cambio sin movimiento; no obstante, no todo cambio produce muerte, ni todo movimiento produce cambio. Pues aunque nuestro cuerpo mismo, y a menudo movido por cualquier acción, y ciertamente cambiado ya sea por la edad, sin embargo, aún no ha perecido, es decir, no está sin vida. Por lo tanto, se puede pensar que el espíritu no se priva de vida inmediatamente, aunque tal vez le ocurra algún cambio a través del movimiento.

CAPÍTULO IV.---El arte y la razón de los números inmutables que se adhieren al espíritu no sin vida.

5. Pues si permanece algo inmutable en el espíritu, que no puede existir sin vida; necesariamente también permanece la vida eterna en el espíritu. Pues esto ciertamente se sostiene de tal manera, que si lo primero es, lo segundo es. Sin embargo, lo primero es. Pues, ¿quién, para omitir otras cosas, se atrevería a decir que la razón de los números es mutable, o que cualquier arte no se basa en esta razón; o que el arte no está en el artífice, incluso cuando no lo ejerce; o que no está en el espíritu; o que puede existir donde no hay vida; o que lo que es inmutable puede no existir en algún momento; o que el arte es una cosa, y la razón otra? Aunque se dice que el arte es un conjunto de muchas razones, sin embargo, el arte también puede decirse y entenderse muy verdaderamente como una sola razón. Pero ya sea esto o aquello, se concluye que el arte es inmutable: y es evidente que el arte no solo está en el espíritu del artífice, sino que también no está en ningún otro lugar que no sea en el espíritu, y eso inseparablemente. Pues si el arte se separa del espíritu; o estará fuera del espíritu, o no estará en ningún lugar, o pasará continuamente de un espíritu a otro. Pero así como no hay sede para el arte sin vida, tampoco hay vida con razón para nadie sino para el alma. Por lo tanto, no puede no existir lo que es, o lo que es inmutable. Si el arte pasa del espíritu a otro espíritu, permaneciendo en aquel y dejando este; nadie enseña el arte sino perdiéndolo, o también solo por el olvido del que enseña alguien se vuelve experto, ya sea por muerte. Si estas cosas son las más absurdas y falsas, como lo son, el espíritu humano es inmortal.

6. Pero si el arte está en el espíritu a veces, a veces no está, lo cual es bien conocido por el olvido y la ignorancia; esta conexión no aporta ningún argumento a su inmortalidad, a menos que se niegue el antecedente de esta manera. O hay algo en el espíritu, que no está en el pensamiento presente; o no está en el espíritu del erudito el arte de la música, cuando solo piensa en la geometría: pero esto es falso; por lo tanto, aquello es verdadero. Sin embargo, el espíritu no siente que tiene algo, a menos que venga al pensamiento. Por lo tanto, puede haber algo en el espíritu, que el mismo espíritu no siente que está en él. Pero no importa cuánto tiempo esté. Pues si el espíritu ha estado ocupado en otras cosas por más tiempo del que puede fácilmente volver su intención a lo que pensó antes, se llama olvido o ignorancia. Pero cuando razonamos con nosotros mismos, o bien interrogados por otro sobre algunas artes liberales, lo que encontramos, no lo encontramos en otro lugar que no sea en nuestro espíritu: y encontrar no es lo mismo que hacer o engendrar; de lo contrario, el espíritu engendraría cosas eternas con una invención temporal (pues a menudo encuentra cosas eternas; ¿qué hay más eterno que la razón del círculo, o si hay algo más en este tipo de artes, que se comprende que no ha sido ni será?): también es evidente que el espíritu humano es inmortal, y que todas las verdaderas razones están en sus secretos, aunque parezca que no las tiene o las ha perdido por ignorancia u olvido.

CAPÍTULO V.---El espíritu no se cambia para dejar de ser espíritu.

7. Ahora bien, veamos en qué medida debe entenderse el cambio del espíritu. Pues si el espíritu es el sujeto con el arte existente en el sujeto, y el sujeto no puede cambiar sin que también cambie aquello que está en el sujeto; ¿cómo podemos sostener que el arte y la razón son inmutables, si se demuestra que el espíritu en el que están es mutable? ¿Y qué cambio mayor hay que el que suele ser en contrarios? y ¿quién niega que el espíritu, por no mencionar otras cosas, es a veces necio, a veces sabio? Primero, veamos de cuántas maneras se puede entender el cambio del alma; que, según creo, se encuentran dos modos más claros y manifiestos en cuanto al género, pero más en cuanto a la especie. Pues el alma se dice que

cambia ya sea según las pasiones del cuerpo, o según las suyas propias. Según las del cuerpo, como por las edades, por las enfermedades, por los dolores, los trabajos, las ofensas, por los placeres. Según las suyas propias, como deseando, alegrándose, temiendo, afligiéndose, estudiando, aprendiendo.

8. Todos estos cambios, si no son necesariamente un argumento de que el alma muere, no deben temerse por sí mismos separadamente: pero para que no se opongan a nuestra razón, que se ha dicho, que cambiado el sujeto todo lo que está en el sujeto necesariamente cambia, debe considerarse. Pero no se oponen. Pues aquello se dice según este cambio del sujeto, por el cual se ve obligado a cambiar completamente de nombre. Pues si la cera blanca toma un color negro de algún lugar, no es menos cera; y si de cuadrada toma una forma redonda, y de blanda se endurece, y se enfría de caliente: pero estas cosas están en el sujeto, y la cera es el sujeto. Sin embargo, la cera permanece no más ni menos cera, cuando aquellas cosas cambian. Por lo tanto, puede haber algún cambio de las cosas que están en el sujeto, mientras que el mismo sujeto no se cambia en cuanto a lo que es y se dice. Pero si de las cosas que están en el sujeto, se hiciera tal cambio que aquello que se decía que estaba debajo, ya no pudiera decirse en absoluto; como cuando el calor del fuego hace que la cera se disuelva en vapores, y sufre tal cambio que se entiende correctamente que el sujeto que era cera ha cambiado, y ya no es cera: de ninguna manera se pensaría que alguna de las cosas que estaban en ese sujeto, porque era esto, permaneciera.

9. Por lo tanto, si el alma es el sujeto, como hemos dicho antes, en el que la razón está inseparablemente, por la misma necesidad por la que se muestra que está en el sujeto, ni puede ser el alma sin vida, ni puede estar en ella la razón sin vida, y la razón es inmortal; el alma es inmortal. Pues de ninguna manera permanecería la razón inmutable si no existiera su sujeto. Lo cual sucedería, si ocurriera tal cambio en el alma que la hiciera no ser alma, es decir, la obligara a morir. Sin embargo, ninguno de esos cambios, que ocurren ya sea por el cuerpo, o por el mismo alma (aunque si algunos ocurren por el mismo, es decir, de los cuales ella misma es la causa, no es una pequeña cuestión), hace que el alma no sea alma. Por lo tanto, no solo no deben temerse por sí mismos, sino tampoco por nuestras razones.

CAPÍTULO VI.---La razón que es inmutable, ya sea en el espíritu o con el espíritu, o el espíritu en ella, no puede separarse del mismo espíritu.

10. Por lo tanto, veo que se debe aplicar todas las fuerzas del razonamiento, para que se sepa qué es la razón, y cuántas veces puede definirse, para que según todos los modos también se establezca la inmortalidad del alma. La razón es la visión del espíritu, por la cual contempla la verdad por sí mismo, no a través del cuerpo; o la misma contemplación de la verdad, no a través del cuerpo; o la misma verdad que se contempla. Nadie duda que lo primero está en el espíritu: sobre lo segundo y lo tercero se puede preguntar; pero lo segundo no puede existir sin el espíritu. Sobre lo tercero hay una gran cuestión, si esa verdad que el espíritu contempla sin instrumento del cuerpo existe por sí misma, y no está en el espíritu, o puede existir sin el espíritu. Sin embargo, de cualquier manera que sea, el espíritu no podría contemplarlo por sí mismo, si no hubiera alguna conexión con él. Pues todo lo que contemplamos, o lo captamos por el pensamiento, o lo captamos por el sentido o por el intelecto. Pero las cosas que se captan por el sentido, también se sienten fuera de nosotros, y están contenidas en lugares, de donde se afirma que no pueden ser percibidas. Pero las cosas que se entienden, no se entienden como si estuvieran colocadas en otro lugar que no sea el mismo espíritu que entiende: pues también se entienden que no están contenidas en un lugar.

11. Por lo tanto, esta unión del alma contemplativa y de la verdad que contempla, o bien es tal que el alma es el sujeto y la verdad está en el sujeto; o al contrario, la verdad es el sujeto y el alma está en el sujeto; o ambos son sustancias. De estas tres opciones, si la primera es cierta, el alma es tan inmortal como la razón, según la discusión anterior, ya que aquello no puede existir sin un ser vivo. La misma necesidad se aplica al segundo caso. Pues si esa verdad que se llama razón no tiene nada mutable, como parece; nada que esté en ella como en un sujeto puede ser cambiado. Por lo tanto, toda la disputa se centra en el tercero. Pues si el alma es una sustancia, y la razón a la que se une también lo es; no sería absurdo pensar que, mientras aquella permanece, esta podría dejar de existir aquí. Pero es evidente que mientras el alma no se separa de la razón y se adhiere a ella, necesariamente permanece y vive. ¿Pero por qué fuerza podría separarse? ¿Acaso por una fuerza corporal, cuya potencia es más débil, su origen inferior y su orden más separado? De ninguna manera. ¿Por un ser animado entonces? Pero, ¿de qué manera? ¿Podría un alma más poderosa, cualquiera que sea, contemplar la razón sin separar a otra de ella? Pero la razón nunca ha faltado a nadie que contemple, si todos contemplan: y dado que nada es más poderoso que la razón misma, que es lo más inmutable; de ninguna manera un alma no unida a la razón será más poderosa que una que lo está. Queda entonces que o bien la razón misma se separe de sí misma, o el alma se separe de ella por voluntad. Pero no hay en esa naturaleza envidia que impida que se ofrezca al alma para disfrutarla. Además, cuanto más es, más hace que todo lo que se le une sea, lo cual es contrario a la destrucción. Sin embargo, no sería demasiado absurdo decir que el alma se separa de la razón por voluntad, si pudiera haber alguna separación entre cosas que no están contenidas en un lugar. Esto podría decirse contra todo lo anterior, a lo que hemos opuesto otras contradicciones. ¿Qué entonces? ¿Debemos concluir ya que el alma es inmortal? ¿O incluso si no puede separarse, puede extinguirse? Pero si esa fuerza de la razón afecta al alma por su unión; pues no puede no afectarla; ciertamente la afecta de tal manera que le otorga ser. Porque la razón misma es donde se entiende la máxima inmutabilidad. Por lo tanto, hace que aquel a quien afecta desde sí mismo, sea de alguna manera. Por lo tanto, el alma no puede extinguirse, a menos que se separe de la razón; pero no puede separarse, como hemos razonado antes: por lo tanto, no puede perecer.

CAPÍTULO VII.---Ni, si el alma tiende a la decadencia por su sustancia, por eso perece.

12. Pero la misma aversión de la razón por la cual la necesidad afecta al alma, no puede ocurrir sin su decadencia: pues si está más convertida hacia la razón y adherida a ella, porque se adhiere a la cosa inmutable que es la verdad, que es lo más y lo primero que es; cuando se aparta de ella, tiene menos ser, lo cual es decaer. Pero toda decadencia tiende a la nada; y ninguna destrucción debe entenderse más propiamente que cuando lo que era algo se convierte en nada. Por lo tanto, tender a la nada es tender a la destrucción. Es difícil decir por qué esto no cae sobre el alma, en la que cae la decadencia. Aquí se conceden las demás cosas: pero se niega que sea consecuente que lo que tiende a la nada, es decir, que llegue a la nada, perezca. Esto también puede observarse en el cuerpo. Pues dado que cualquier cuerpo es parte del mundo sensible, y por lo tanto cuanto más grande es y más espacio ocupa, más se acerca al universo: y cuanto más lo hace, más es. Porque el todo es más que la parte. Por lo tanto, también debe ser menos cuando se reduce. Por lo tanto, sufre decadencia cuando se reduce. Además, se reduce cuando algo se le quita por corte. De lo cual se concluye que con tal sustracción tiende a la nada. Pero ningún corte lleva a la nada. Pues toda parte que queda es cuerpo, y cualquier cosa que sea, ocupa espacio por pequeño que sea. Y no podría hacerlo, si no tuviera partes en las que pudiera ser dividida repetidamente. Por lo tanto, puede ser infinitamente dividida y, por lo tanto, sufrir decadencia y tender a la nada, aunque nunca pueda llegar a ella. Lo mismo puede decirse y entenderse del espacio mismo y de cualquier

intervalo. Pues incluso de estos, aunque estén delimitados, quitando, por ejemplo, la mitad, y de lo que queda, siempre la mitad, el intervalo se reduce y progresa hacia un fin, al cual sin embargo no se llega de ninguna manera. Mucho menos debe temerse esto del alma. Pues ciertamente es mejor y más vivaz que el cuerpo, del cual se le otorga vida a este.

CAPÍTULO VIII.---Así como al cuerpo no se le puede quitar lo que es cuerpo, tampoco al alma lo que es alma.

13. Pero si no es lo que está en la masa del cuerpo, sino lo que en la forma hace que el cuerpo sea, lo que se aprueba con razón invencible: pues cuanto más bello y hermoso es, más es cuerpo; y cuanto más feo y deforme, menos es; esta decadencia no ocurre por la sustracción de masa, de la cual ya se ha tratado suficientemente, sino por la privación de forma. Debemos investigar y discutir diligentemente sobre este asunto, para que nadie afirme que el alma perece por tal decadencia; de modo que, puesto que se priva de alguna forma suya mientras es necia, se crea que esta privación puede aumentar tanto que despoje al alma de toda forma y la reduzca a la nada y la obligue a perecer. Por lo tanto, si podemos lograr demostrar que ni siquiera al cuerpo le puede suceder esto, que se le prive de la forma por la cual es cuerpo; tal vez con razón obtendremos que mucho menos se le puede quitar al alma lo que es alma. Pues nadie que se haya examinado bien a sí mismo, no admitirá que cualquier alma debe ser preferida a cualquier cuerpo.

14. Que el comienzo de nuestra argumentación sea, que ninguna cosa se hace o se genera a sí misma, de lo contrario existiría antes de ser: si esto es falso, aquello es verdadero. Asimismo, lo que no ha sido hecho ni generado, y sin embargo es, debe ser eterno. Quien atribuya esta naturaleza y excelencia a cualquier cuerpo, se equivoca gravemente. Pero, ¿por qué luchamos? Pues mucho más nos vemos obligados a atribuirlo al alma. Así que si algún cuerpo es eterno, ningún alma no es eterna. Pues cualquier alma es preferible a cualquier cuerpo, y todas las cosas eternas a las no eternas. Pero si lo que se dice verdaderamente, el cuerpo ha sido hecho; ha sido hecho por alguien que lo hizo, y no por uno inferior. Pues no podría dar lo que hacía, cualquiera que sea lo que es, lo que hacía. Pero ni siquiera por uno igual: pues el que hace debe tener algo mejor para hacer, que lo que hace. Pues no es absurdo decir del que engendra, que es lo que es aquello que de él se engendra. Por lo tanto, todo el cuerpo ha sido hecho por alguna fuerza y naturaleza más poderosa y mejor, no corpórea. Pues si el cuerpo ha sido hecho por el cuerpo, no pudo hacerse todo. Es muy cierto lo que pusimos al comienzo de esta argumentación, que ninguna cosa puede hacerse a sí misma. Pero esta fuerza y naturaleza incorpórea que hizo todo el cuerpo, lo sostiene con su presente poder. Pues no lo hizo y luego se fue y abandonó lo hecho. Esa sustancia que no es cuerpo, ni, por así decirlo, se mueve localmente, para que pueda separarse de esa sustancia que ocupa lugar; y esa fuerza creadora no puede vacar, sin que lo que ha hecho, lo sostenga, y no permita que carezca de la forma por la cual es en cuanto es. Pues lo que no es por sí mismo, si es abandonado por aquello por lo cual es, ciertamente no será: y no podemos decir que el cuerpo recibió al ser hecho, para que ya pudiera ser por sí mismo, incluso si fuera abandonado por su creador.

15. Aunque si es así, el alma, que es manifiestamente superior al cuerpo, lo tiene más. Y así se prueba de inmediato que es inmortal, si puede ser por sí misma. Pues cualquier cosa que sea tal, debe ser incorruptible, y por lo tanto no puede perecer, porque nada se abandona a sí mismo. Pero la mutabilidad del cuerpo está a la vista, lo cual indica suficientemente el movimiento del cuerpo del universo. Por lo tanto, al examinar diligentemente tanto como se puede examinar tal naturaleza, se encuentra que imita lo inmutable con una mutabilidad ordenada. Pero lo que es por sí mismo, no necesita ningún movimiento, teniendo toda

suficiencia en sí mismo; porque todo movimiento es hacia algo, de lo cual carece lo que se mueve. Por lo tanto, la forma está presente en todo el cuerpo, sostenida y mantenida por una naturaleza mejor que la hizo: por lo tanto, esa mutabilidad no priva al cuerpo de ser cuerpo, sino que lo hace pasar de forma en forma con un movimiento muy ordenado. Pues ninguna de sus partes se permite ser reducida a la nada, ya que la fuerza creadora abarca el todo, con una potencia ni laboriosa ni ociosa, dando para que sea todo lo que es por ella, en cuanto es: por lo tanto, nadie debe estar tan alejado de la razón, que no esté seguro de que el alma es mejor que el cuerpo, o que, concedido esto, piense que al cuerpo no le sucede que deje de ser cuerpo, pero al alma le sucede que deje de ser alma. Pero si no sucede, y el alma no puede ser sino vive, ciertamente el alma nunca muere.

CAPÍTULO IX.---El alma es vida, así no puede carecer de vida.

16. Pero si alguien no dice que la destrucción que debe temerse para el alma es aquella por la cual se convierte en nada lo que fue algo, sino aquella por la cual decimos que las cosas que carecen de vida están muertas; que preste atención a que ninguna cosa carece de sí misma. Pero el alma es una cierta vida: de donde todo lo que está animado, vive; y todo lo que es inanimado, que puede ser animado, se entiende como muerto, es decir, privado de vida. Por lo tanto, el alma no puede morir. Pues si pudiera carecer de vida, no sería alma sino algo animado. Pero si esto es absurdo, mucho menos debe temerse este tipo de destrucción para el alma, que ciertamente no debe temerse para la vida. Pues ciertamente si el alma muere cuando la vida la abandona; esa vida que la abandona se entiende mucho mejor como alma, de modo que ya no es alma lo que es abandonado por la vida, sino esa misma vida que abandona. Pues todo lo que se dice muerto porque la vida lo ha abandonado, se entiende que ha sido abandonado por el alma: pero esta vida, que abandona las cosas que mueren, porque ella misma es alma, y no se abandona a sí misma; el alma no muere.

CAPÍTULO X.---El alma no es la armonía del cuerpo.

17. A menos que debamos creer que la vida es alguna armonía del cuerpo, como algunos han opinado. A estos ciertamente nunca les habría parecido esto, si hubieran podido ver con el alma verdaderamente y purificada de la costumbre de los cuerpos, aquellas cosas que verdaderamente son y permanecen inmutables. Pues ¿quién, al examinarse bien a sí mismo, no ha experimentado que ha entendido algo más puramente cuanto más ha podido apartar y retirar la atención de su mente de los sentidos del cuerpo? Pero si la armonía del cuerpo fuera el alma, ciertamente no podría suceder esto. Pues ninguna cosa que no tuviera naturaleza propia, ni fuera sustancia, sino que estuviera en el cuerpo como sujeto inseparablemente, como el color y la forma, podría de ninguna manera intentar apartarse de ese mismo cuerpo para percibir inteligibles, y en cuanto pudiera hacerlo, en tanto podría contemplarlos, y por esa visión hacerse mejor y más excelente. Pues de ninguna manera la forma o el color, o incluso la misma armonía del cuerpo, que es una cierta mezcla de esas cuatro naturalezas de las cuales subsiste el mismo cuerpo, puede apartarse de aquello en lo que está como sujeto inseparablemente. Además, las cosas que el alma entiende cuando se aparta del cuerpo, ciertamente no son corpóreas; y sin embargo son, y son en gran medida, pues siempre se mantienen de la misma manera. Pues nada más absurdo puede decirse que las cosas que vemos con los ojos son, y las que percibimos con la inteligencia no son; cuando dudar de que la inteligencia es incomparablemente superior a los ojos es demente. Pero estas cosas que se entienden de la misma manera, cuando el alma las contempla, muestra suficientemente que está unida a ellas, de una manera maravillosa y no local. Pues o están en ella, o ella está en ellas. Y cualquiera de estas cosas que sea, o una está en la otra como sujeto, o ambas son sustancias. Pero si lo primero es cierto, el alma no está en el cuerpo como sujeto, como el

color y la forma: porque o ella misma es sustancia, o está en un sujeto que es otra sustancia que no es cuerpo. Pero si lo segundo es cierto, el alma no está en el cuerpo como sujeto, como el color, porque es sustancia. Pero la armonía del cuerpo está en el cuerpo como sujeto, como el color: por lo tanto, el alma no es la armonía del cuerpo, sino que el alma es vida: y ninguna cosa se abandona a sí misma; y lo que muere es lo que la vida abandona: por lo tanto, el alma no puede morir.

CAPÍTULO XI.---El alma no perece por la falsedad contraria a la verdad, aunque la verdad sea causa del alma.

18. Nuevamente, si hay algo que temer, es temer que el alma perezca por deficiencia, es decir, mientras se priva de la misma forma de existir. Sobre este asunto, aunque creo que se ha dicho lo suficiente, y se ha demostrado con razón cierta que esto no puede suceder; sin embargo, también debe considerarse que no hay otra causa de este temor, sino porque se debe admitir que el alma es necia en cierta deficiencia, y sabia en una esencia más cierta y plena. Pero sí, lo que nadie duda, el alma es más sabia cuando contempla la verdad, que siempre es de la misma manera, y se adhiere a ella inmóvil unida por amor divino; y todas las cosas que de alguna manera son, son de esa esencia que es sumamente y principalmente; o el alma es de ella en cuanto es, o es por sí misma. Pero si es por sí misma, ya que es causa de su propia existencia, y nunca se abandona a sí misma; nunca perece, como también hemos discutido antes. Pero si es de ella, es necesario investigar diligentemente qué cosa puede ser contraria a ella, que le quite al alma ser lo que ella le da. ¿Qué es entonces? ¿Acaso la falsedad, porque ella es la verdad? Pero es evidente, y está a la vista, cuánto puede la falsedad dañar al alma. Pues ¿puede más que engañar? pero nadie es engañado a menos que viva. Por lo tanto, la falsedad no puede destruir al alma. Pero si esta no puede, que es contraria a la verdad, quitarle al alma lo que la verdad le dio (pues la verdad es invencible); ¿qué otra cosa se encontrará que le quite al alma lo que es alma? Nada en absoluto: pues nada es más poderoso que lo contrario para quitar lo que se hace por su contrario.

CAPÍTULO XII.---A la verdad de la cual el alma es lo que es, en cuanto ella misma es, nada es contrario.

19. Pero si buscamos lo contrario a la verdad, no en cuanto es verdad, sino en cuanto es sumamente y principalmente; aunque en tanto es eso mismo en cuanto es verdad; pues decimos que la verdad es aquello por lo cual todas las cosas son verdaderas en cuanto son, y en tanto son en cuanto son verdaderas; sin embargo, no evitaré lo que me apoya más evidentemente. Pues si ninguna esencia en cuanto es esencia tiene algo contrario, mucho menos lo tiene la primera esencia, que se llama verdad, en cuanto es esencia. Lo primero es verdadero. Pues toda esencia no es esencia por otra razón, sino porque es. Pero el ser no tiene contrario, sino el no ser: de donde nada es contrario a la esencia. Por lo tanto, de ninguna manera puede haber algo contrario a esa sustancia, que es sumamente y principalmente. De la cual si el alma tiene eso mismo que es (pues no puede tenerlo de otra parte, quien no lo tiene de sí mismo, sino de esa cosa que es superior al alma en eso mismo); no hay cosa por la cual pueda perderlo, porque no hay cosa contraria a aquello por lo cual lo tiene; y por lo tanto no deja de ser. Pero la sabiduría, porque la tiene por conversión a aquello de lo cual es, puede perderla por aversión. Pues la aversión es contraria a la conversión. Pero aquello que tiene de aquello a lo cual nada es contrario, no hay de dónde pueda perderlo. Por lo tanto, no puede perecer.

CAPÍTULO XIII.---El alma no se convierte en cuerpo.

20. Aquí podría surgir alguna cuestión, si así como el alma no perece, tampoco se transforma en una esencia peor. Podría parecerle a alguien, y no sin razón, que se ha logrado con este razonamiento que el alma no puede llegar a la nada, pero tal vez podría convertirse en cuerpo. Pues si lo que antes era alma se convirtiera en cuerpo, no dejaría de ser por completo. Pero esto no puede suceder, a menos que lo quiera ella misma o sea forzada por otro. Sin embargo, el alma, ya sea que lo desee o sea forzada, no podrá convertirse en cuerpo. Pues sigue que, si es, quiere o es forzada. Pero no sigue que, si quiere o es forzada, sea. Nunca lo deseará: pues todo su deseo hacia el cuerpo es para poseerlo, para vivificarlo, para de algún modo fabricarlo, o para atenderlo de cualquier manera. Pero nada de esto puede suceder si no es mejor que el cuerpo. Y si fuera cuerpo, ciertamente no sería mejor que el cuerpo. Por lo tanto, no querrá ser cuerpo. Y no hay argumento más seguro sobre este asunto que cuando el alma se interroga a sí misma. Pues así descubre fácilmente que no tiene deseo, salvo de hacer algo, de saber, de sentir, o simplemente de vivir en cuanto está en su poder.

21. Pero si es forzada a ser cuerpo, ¿por quién es forzada? Por cualquiera, ciertamente por uno más poderoso. Por lo tanto, no puede ser forzada por el mismo cuerpo. De ninguna manera ningún cuerpo es más poderoso que cualquier alma. Sin embargo, un alma más poderosa no fuerza a algo, salvo lo que está sujeto a su poder. Y de ninguna manera un alma está sujeta al poder de otra alma, salvo por sus propios deseos. Por lo tanto, esa alma no fuerza más allá de lo que los deseos de la que fuerza permiten. Pero se ha dicho que el alma no puede tener el deseo de ser cuerpo. También es evidente que no alcanza ninguna satisfacción de su deseo mientras pierde todo deseo: y lo pierde cuando se convierte en cuerpo. Por lo tanto, no puede ser forzada por aquel que no tiene derecho a forzar, salvo a través de los deseos del sujeto. Además, cualquier alma que tiene a otra alma bajo su poder, es necesario que quiera tenerla bajo su poder más que como cuerpo, y quiera aconsejarle con bondad o gobernarla con malicia. Por lo tanto, no querrá que sea cuerpo.

22. Finalmente, esta alma que fuerza es o un animal, o carece de cuerpo (I Retract., c. 5, n. 3). Pero si carece de cuerpo, no está en este mundo. Y si es así, es sumamente buena, y no puede querer para otro una transformación tan vergonzosa. Pero si es un animal, o también es un animal aquel a quien fuerza, o no lo es. Pero si no lo es, no puede ser forzado a nada por otro. Pues no tiene a alguien más poderoso que él en la cima. Pero si está en el cuerpo, es forzado nuevamente por aquel que está en el cuerpo a través del cuerpo, a lo que sea que sea forzado. ¿Quién duda que de ninguna manera a través del cuerpo se produce tal transformación en el alma? Pues sucedería si el cuerpo fuera más poderoso que ella: aunque cualquier cosa que sea, a lo que se fuerza a través del cuerpo, no se fuerza en absoluto a través del cuerpo, sino a través de sus deseos, de los cuales se ha dicho lo suficiente. Pero lo que es mejor que el alma racional, según todos los que consienten, es Dios. Quien ciertamente cuida del alma, y por lo tanto no puede ser forzada por él para convertirse en cuerpo.

CAPÍTULO XIV.---Ni el sueño ni una afección corporal de este tipo disminuyen la fuerza del alma.

23. Si, por lo tanto, ni por su propia voluntad, ni por otro que la fuerce, el alma sufre esto; ¿de dónde puede sufrirlo? ¿Es que porque el sueño a menudo nos oprime involuntariamente, se debe temer que por tal defecto el alma se convierta en cuerpo? Como sí, porque nuestros miembros se marchitan con el sueño, por eso el alma se debilita en alguna parte. Solo no siente lo sensible, porque lo que sea que cause el sueño, es del cuerpo y actúa en el cuerpo. Pues lo que adormece y cierra de algún modo los sentidos corporales, cede al alma con placer a tal cambio del cuerpo: porque tal cambio que restaura el cuerpo de los trabajos es según la

naturaleza: sin embargo, esto no quita al alma ni el poder de sentir ni de entender. Pues incluso tiene a su disposición imágenes de lo sensible, con tal expresión de similitud, que en ese mismo momento no pueden distinguirse de las cosas de las cuales son imágenes, y si entiende algo, es igualmente verdadero para el que duerme como para el que vela. Pues, por ejemplo, si en un sueño se viera a sí mismo discutiendo, y siguiendo verdaderas razones en la discusión aprendiera algo; incluso al despertar, las mismas permanecen inmutables, aunque se encuentren falsas las demás cosas, como el lugar donde se vio la discusión, y la persona con la que se vio que fue la discusión, y las mismas palabras, en cuanto al sonido, con las que se vio que se discutía, y otras cosas de este tipo; que incluso cuando se sienten y se actúan con los mismos sentidos por los que velan, sin embargo, pasan, y de ninguna manera alcanzan la presencia eterna de las verdaderas razones. De lo cual se deduce que, con tal cambio del cuerpo, como es el sueño, el uso del mismo cuerpo por el alma puede disminuir, no su vida propia.

CAPÍTULO XV.---De nuevo, el alma no puede convertirse en cuerpo.

24. Finalmente, si el alma no se une localmente al cuerpo que ocupa cualquier lugar, se afecta antes por aquellas razones supremas y eternas, que permanecen inmutables y ciertamente no están contenidas en un lugar, que el cuerpo; y no solo antes, sino también más. Pues tanto antes, cuanto más cercana; y por la misma razón tanto más, cuanto mejor que el cuerpo. Y esta cercanía no se dice por lugar, sino por orden de naturaleza. Pero en este orden se entiende que la esencia suprema otorga forma al cuerpo a través del alma, por la cual es en cuanto es. Por lo tanto, el cuerpo subsiste a través del alma, y por eso mismo es por lo que se anima, ya sea universalmente, como el mundo; o particularmente, como cada animal dentro del mundo. Por lo cual era consecuente que el cuerpo se hiciera a través del alma, y de ninguna manera podría ser de otra manera. Lo cual, porque no sucede, permaneciendo ciertamente el alma en lo que es alma, el cuerpo subsiste a través de ella, dando forma, no quitando; el alma no puede convertirse en cuerpo. Pues si no transmite la forma que recibe del sumo bien, no se hace cuerpo a través de ella: y si no se hace a través de ella, o no se hace en absoluto, o toma la forma tan cercana como el alma: pero se hace cuerpo, y si tomara la forma tan cercana, sería lo que el alma: pues esa es la diferencia; y por eso el alma es mejor, porque toma más cerca. Pero también el cuerpo tomaría tan cerca, si no lo tomara a través del alma. Pues sin interposición lo tomaría ciertamente tan cerca. Y no se encuentra nada que esté entre la vida suprema, que es la sabiduría y la verdad inmutable, y lo que se vivifica por último, es decir, el cuerpo, salvo el alma vivificante. Pues si el alma transmite la forma al cuerpo, para que sea cuerpo en cuanto es, ciertamente no quita la forma al transmitirla. Pero la quita al transformar el alma en cuerpo. Por lo tanto, el alma no se convierte en cuerpo por sí misma, porque no se hace cuerpo a través de ella, salvo permaneciendo alma; ni por otra, porque no se hace cuerpo a través del alma, salvo por la transmisión de la forma, y al quitar la forma el alma se convertiría en cuerpo, si se convirtiera.

CAPÍTULO XVI.---Ni siquiera en un alma irracional se convierte el alma racional. El alma está toda en todo el cuerpo y en cada una de sus partes.

25. Esto también puede decirse del alma o vida irracional, que el alma racional no se convierte en ella. Pues si no estuviera sujeta en un orden inferior a la racional, tomaría la forma igualmente y sería tal. Por lo tanto, transmiten la forma recibida de la suma belleza los más poderosos a los más débiles por orden natural. Y ciertamente cuando la transmiten, no la quitan. Y por eso son lo que son los más débiles, en cuanto son, porque la forma que tienen para ser les es transmitida por los más poderosos: que ciertamente son más poderosos también porque son mejores. Lo cual se ha dado a estas naturalezas, que no por un mayor

tamaño de masa pueden más que las menores masas, sino que son más poderosas por la misma forma sin ningún aumento de magnitud local, por la cual son mejores. En este género el alma es mejor y más poderosa que el cuerpo. Por lo cual, como se ha dicho, el cuerpo subsiste a través de ella, ella de ninguna manera puede convertirse en cuerpo. Pues ningún cuerpo se hace, salvo recibiendo a través del alma la forma. Pero el alma para hacerse cuerpo, no recibiendo la forma, sino perdiéndola, podría hacerse: y por eso no puede hacerse; a menos que tal vez el alma esté contenida en un lugar, y se una localmente al cuerpo. Pues si es así, tal vez una mayor masa, aunque más hermosa, pueda convertirla en su forma inferior, como el aire mayor al fuego menor. Pero no es así. Pues toda masa que ocupa un lugar, no está toda en cada una de sus partes, sino en todas. Por lo cual una parte de ella está en un lugar, y otra en otro. Pero el alma no solo está toda al conjunto de la masa de su cuerpo, sino también a cada partícula de él toda a la vez. Pues siente toda la pasión de la parte del cuerpo, y no en todo el cuerpo. Pues cuando algo duele en el pie, el ojo lo advierte, la lengua habla, la mano se mueve. Lo cual no sucedería, si lo que está en esas partes del alma, y en el pie sintiera; ni podría sentir lo que allí se hace estando ausente. Pues no es creíble que se haga por un mensajero que no siente lo que anuncia: porque la pasión que se hace no corre por la continuación de la masa, para que no pueda ocultarse a las otras partes del alma que están en otro lugar; sino que toda siente lo que se hace en la partícula del pie, y solo allí siente donde se hace. Por lo tanto, está toda a la vez en cada una de las partes, que toda a la vez siente en cada una. Sin embargo, no está toda de este modo, como el color o alguna otra cualidad de este tipo está toda en cada parte del cuerpo. Pues lo que en otra parte el cuerpo sufre por el cambio del color, puede no afectar al color que está en otra parte. Por lo cual, según las partes de la masa distantes entre sí, también se demuestra que está distante de sí mismo. Pero no se prueba que sea así en el alma por el sentido del que se ha hablado.